

## CAPITULO V.

Espediciones de Alfonso I el católico.—Ciudades que tomó.—Causas de sus rápidas conquistas.—Su muerte.

**TOMADAS** las medidas de que hemos dado cuenta en el anterior capítulo, puso por obra Alfonso su proyecto de penetrar en los dominios de los musulmanes, escogiendo para principiar á Galicia como mas próxima á los suyos.

Abandonado en gran parte este país por los berberiscos sublevados, y desprevenido el resto de los musulmanes que guarnecían las ciudades, no halló el monarca asturiano resistencia seria á pesar de que, tras de apoderarse sucesivamente de Lugo, Orense y Tuy internóse en la Lusitania y rindió á Braga, Viseo y algunas otras ciudades.

Grande oscuridad reina en este interesante período de la historia de nuestra patria. Las crónicas muéstranse tan parcas que se contentan con enumerar en conjunto las poblaciones de que el católico Alfonso se apoderó, pero sin citar fechas ni menos aclarar el punto de si fue en una ó en varias expediciones cuando tan insignes triunfos alcanzó.

Desde luego con sólo hacerse cargo de la extensión de sus conquistas, échase de ver que no pudieron realizarse en una sola correría, mas ni es posible determinar el número de ellas ni el tiempo en que cada una tuvo lugar.

El hecho es que después de conseguidas las ventajas que mas arriba hemos consignado, llevó sus huestes á lo que mas tarde fue el reino de Leon, y al territorio de ambas Castillas que tomaron esta denominación de los castillos (*castella*) que hacia edificar en los lugares que juzgaba fuertes y de fácil defensa.

El número de ciudades de que se apoderó fue muy considerable. Citaremos las mas importantes; además de las cinco ya nombradas cayeron tambien en su poder Flavia y Chaves en la Lusitania, y en Leon y las dos Castillas, Leon, Salamanca, Zamora, Ledesma, Astorga, Simancas, Avila, Osma, Sepúlveda, Segovia y algunas otras.

En todas partes era recibido como libertador, mas conociendo la imposibilidad de conservar una extensión tan considerable de terreno, contentábase con hacer pérecer al filo de las espadas de sus soldados á cuantos musulmanes encontraba en su camino, desmantelar las fortalezas de que se apoderaba y llevarse consigo la gente cristiana para que poblara su reino. Tan solo aquellas poblaciones limítrofes con este ó que por su posición especial podían fácilmente conservarse, fueron destinadas á aumentar sus Estados y en todas ellas se apresuró á restablecer el culto católico, para cuyo mayor esplendor hizo levantar multitud de iglesias y restaurar otras muchas, dando en todo muestras de un tan ardiente celo religioso que le valió el epíteto con que en la historia se le conoce.

Y no fue solo por los sitios de que dejamos hecha mención, donde llevó sus armas Alfonso I, tambien en la Cantabria y la Vasconia penetraron sus tropas y solo se detuvieron en los confines de Aragon.

Por donde quiera que iba, la media luna huía atemorizada y el espanto que en los árabes infundía llegó á ser tal, que le apellidaban el *terrible* y el *matador de hombres*. A sus esfuerzos debió el reino de Asturias el engrandecimiento tan considerable que tuvo así de territorio como de población, gracias al sistema empleado por él de llevar á sus Estados á los cristianos de los lugares que conocía le sería imposible retener.

Esta prudencia que le hacia no conservar aquellas ciudades de difícil ó imposible defensa, es tanto ó mas digna de loor que el valor que demostró en conquistarlas, y le evitó el sinnúmero de males que un temerario empeño le hubiera de seguro acarreado.

Los innumerables triunfos que durante los diez y ocho años de su reinado obtuvo, y que no oscureció ninguna derrota, debiéronse á la concurrencia de varias causas, de las cuales eran las mas importantes; el entusiasmo que supo infundir á sus soldados, la prudencia y energía con que ordenó todas sus expediciones, y el estado de desorden y anarquía en que los musulmanes se hallaban, y que no se interrumpió durante aquellas.

Hemos dejado á Thaalaba en Córdoba donde se habia hecho proclamar emir; allí permaneció algun tiempo cometiendo tropelías y ensañándose con los berberiscos; pero mientras tanto el emir de Africa, Hantala, que habia logrado reprimir las insurrecciones de estos, decidió como medio el mas expedito y breve de evitarlas en lo sucesivo, trasladarles á la Peninsula, y en efecto mandó embarcar á quince mil de ellos con su jefe Hussan ben Dirhar, por otro nombre Abulkatar, que atravesando el estrecho vinieron á desembarcar cerca de Córdoba.

Su llegada no pudo ser mas oportuna. El cruel Thaalaba, ignorante de lo que acontecia, habíase apoderado de mil de sus compañeros y se disponía á sacrificarlos ante una inmensa multitud, en las afueras de la ciudad, pero los prisioneros se salvaron y Thaalaba encontróse inesperadamente prisionero de Hussan que le envió cargado de cadenas al Africa para que Hantala dispusiera su castigo.

Hé aquí como describe Lafuente una de las primeras medidas tomadas por Hussan, nombrado emir en reemplazo de Thaalaba: «Desoso Abulkatar de poner término á las escisiones en que se despedazaban las diversas razas de los musulmanes españoles, é informado de que una de las causas mas fuertes de las discordias era

la repartición de tierras, aspirando todos á poseer las fértiles campiñas de Andalucía, y principalmente los árabes y sirios que se creían con derecho de preferencia á la repartición, como lo eran en la jerarquía religiosa, quiso por un medio ingenioso cortar todas las disputas, acallar todas las pasiones y contentar todas las voluntades, haciendo una nueva y general distribución de territorios, señalando á cada tribu aquellas tierras ó comarcas que mas se asemejaban á su país natal, y cuyo suelo y clima les suscitase mas dulces recuerdos de su patria. Así á los de la Palestina les señaló el país montuoso de Ronda, Algeciras y Medina Sidonia, que podían recordarle su Líbano y su Carmelo: los que habian pastoreado en las márgenes del Jordan establecieron en Archidona y Málaga, á orillas del Guadalhorce, que corre como el Jordan entre pintorescos valles; asentáronse los de Kinserina en la tierra de Jaen; algunos persas se quedaron en Loja; los de Wacita en los alrededores de Cabra; los del Yemen y Egipto obtuvieron las comarcas de Sevilla, de Ubeda, Baza y Guadix; á otros egipcios les fue asignada la tierra de Osonoba y Beja; los de Damasco no hallaron país ni cielo que les representara mejor los jardines y verjeles que rodeaban la corte de sus califas, que las márgenes del Genil y la vega de Garnathah y de Elvira, y adoptaron por nueva patria el país de Granada: á los árabes de Palmira les fueron señaladas las campiñas de Múrcia y algunas comarcas orientales de Almería que formaban la tierra de Tadmír. Por algun tiempo llamaron á Elvira, *Damasco*; á Málaga, *Ardeu*; á Jaen, *Kinserina*; á Múrcia, *Palmira*; *Palestina*, á Medina Sidonia, y así á las demás (1).»

En esta repartición desapareció ó por lo menos quedó considerablemente disminuido el reino constituido por Teodomiro, pues Hussan no se creyó obligado á guardar lo estipulado entre su fundador y Abdelaziz, y faltos de energía los sucesores de aquel ó impotentes para resistir al berberisco, tuvieron que pagar primeramente los fuertes tributos que les impuso y cederle después aquello que le agradó tomar. En la historia no se hace ya mas mención de tal reino, por lo tanto es de suponer que fue por completo incluido en los dominios árabes en un término mas ó menos largo.

No obstante los buenos deseos de Hussan y su prevision, el resultado que obtuvo fue completamente distinto del que se habia propuesto. La tribu del Yemen habia sido de las mejor libradas en la repartición: el emir pertenecía á ella y esto fue bastante para que Samail, noble sirio, que á pesar de su juventud era audaz y ambicioso en demasía, tramando una conspiración se rebelara contra él y auxiliado por Thueba ben Salemi, que aunque yemenita, sacrificó en aras de su ambición tambien desmesurada, los intereses de su tribu, consiguieron ambos vencerle en una batalla dada en los alrededores de Córdoba, y que fue de las mas empeñadas y sangrientas, decidiéndose tan solo por la inesperada intervencion de una parte del pueblo cordobés, que se puso de parte de los rebeldes.

Mas astuto Thueba que su compañero consiguió, tras este triunfo, suplantarle en el cargo de emir de España, y Samail hubo de contentarse con el emirato independiente de Zaragoza y la España oriental, pero entonces surgieron nuevas complicaciones, pues, indignados los walfes de Toledo y Mérida contra ambos, se rebelaron á su vez, aumentando con esto el general desconcierto.

De una situación tan azarosa pasóse de repente á una calma profunda bien que sumamente breve.

Comprendiendo los árabes todos que si no ponían pronto remedio á las discordias interiores, perecerían en manos de la anarquía, aunáronse para terminar una situación tan intolerable y nombraron por unanimidad emir único á *Jusuf ben Abderrahman el Fehri*, de la tribu de los coreiscitas, y hombre capaz por sus prendas personales de poner fin al caos en que se hallaban.

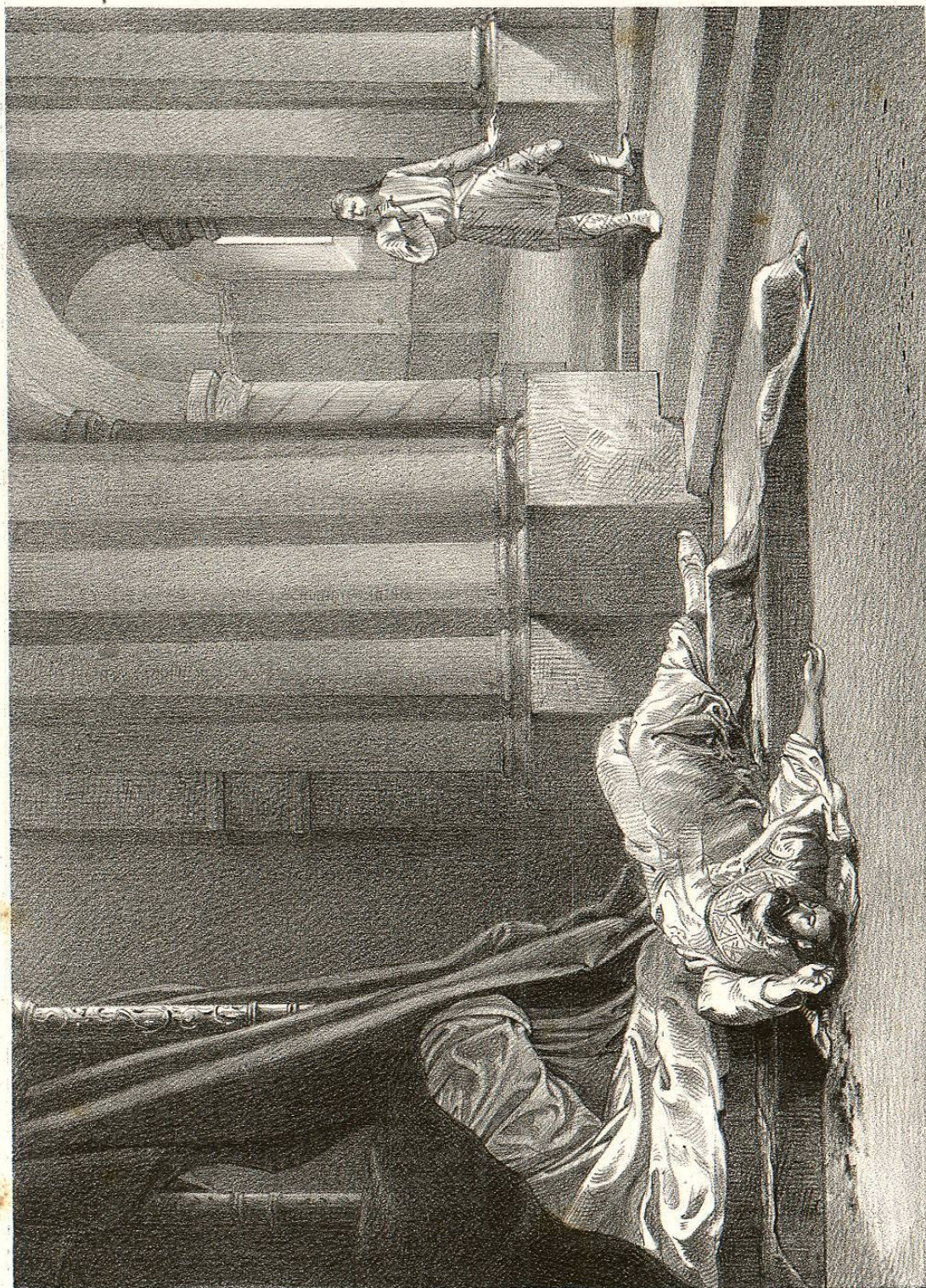
Sus primeras medidas no pudieron ser mas acertadas. Bajo su impulso la administración se reorganizó; los funcionarios ineptos ó malvados fueron depuestos; se abrieron y repararon caminos y restauraron puentes, estando afectas á estas obras la tercera parte de las rentas que se recaudaban. Dividió á España en cinco emiratos que tenían por capitales á Córdoba, Toledo, Zaragoza, Mérida y Narbona, y tomó otras varias disposiciones igualmente convenientes.

Por desgracia semejante estado de cosas no duró mucho tiempo. El wali de Sevilla, Ahmer ben Amrú, trató de indisponer á Jusuf con el califa; descubrióse la trama y produjo grandes disturbios que llegaron de nuevo al colmo con las rencillas de los emires de Córdoba, Zaragoza y Toledo que al fin vinieron á las manos, y la guerra civil ardió con nueva furia entre los musulmanes.

Dado un desbarajuste semejante, no es tan extraño que Alfonso I pudiera á tan poca costa conseguir tan grandes triunfos, y que al cabo de diez y ocho años de ocupar el trono, falleciera en Cangas coronado de laureles el año 756, dejando el reino de Asturias que tan reducido recibiera de Favila, convertido en un estado respetable ya para sus enemigos.

Los restos mortales de este gran monarca fueron enterrados en el convento de Santa María de Covadonga, que su piedad habia levantado.

(1) *Historia de España*, t. II, p. 2, l. I, c. III.



ASESINATO DE VIMARANO POR SU HERMANO FUELA



## CAPITULO VI.

Reinado de Fruela.—Asesinato de Vimarano.—Muerte del fratricida.—Revolucion de Oriente.

Ocupó el trono de Asturias á la muerte de Alfonso el Católico, su hijo Fruela que, heredando algunas de las virtudes de su padre, adoleció sin embargo de defectos de que este carecía.

Como él, era valiente y emprendedor; como él tambien, piadoso pero de carácter áspero é irascible. La parquedad de las crónicas, que hemos observado en el reinado de Alfonso, continúan en el de su hijo; mas por lo que de ellas y de las historias árabes se deduce, Fruela llevó diferentes veces sus armas contra estos, pero no siempre fue afortunado en sus empresas; la única batalla que mencionan aquellas es la de Pontumium en Galicia, ganada por los cristianos, si bien no fue la única. Y segun los relatos de los musulmanes ya en los últimos años del reinado de Fruela, hicieron una incursión victoriosa en los estados de este, que les produjo un considerable botín.

Hacia el año 760, los vascones sujetos por Alfonso I, se sublevaron contra Fruela, que solo á duras penas pudo someterlos. En las consideraciones que sobre este hecho hace el Sr. Lafuente en el excelente *Discurso preliminar de su historia de España* se leen las siguientes notables frases: «Era el genio fero que revivia con las mismas virtudes y con los mismos vicios, con el mismo amor á la independencia y con las mismas rivalidades de localidad. Cada comarca gustaba de pelear aisladamente y de cuenta propia, y los reyes de Asturias no podían recabar de los cántabros y vascos sino una dependencia ó nominal ó forzada.»

En la expedición que para sujetar á los rebeldes hubo de hacer, enamoróse Fruela de una joven llamada Munia, y haciéndola su esposa, tuvo de ella un hijo llamado Alfonso, que mas tarde habia de mostrarse digno nieto del primero.

El celo de Fruela por la religion católica, le hizo tomar una disposición que le acarreó nuevos conflictos. Era costumbre en los clérigos desde el tiempo de Witiza, contraer matrimonio como seglares, infringiendo abiertamente todos los cánones y dando no poco escándalo y mal ejemplo.

El religioso monarca no podia tolerar esto, y en consecuencia no solo prohibió que los sacerdotes contrajesen matrimonio en adelante, sino que separó de sus familias á muchos de los ya casados. Esta medida le produjo un sinnúmero de disgustos.

La gran parte del clero manifestóse ofendida, unos por lo que de dicha disposición les tocaba, otros por juzgar inconveniente que el Rey les ordenase por sí y ante sí en cuestiones de disciplina. El pueblo siguió el movimiento del clero bien por la influencia que este ejercía sobre él, ó bien, como dice el P. Mariana, «porque los hombres quieren que lo antiguo y usado vaya adelante y la libertad de pecar agrada á la muchedumbre (1).» El hecho es que el descontento era casi general y que llegó hasta el punto de traducirse en una rebelion formidable que estalló en Galicia.

Allí marchó el Monarca á sofocarla y dejó caer todo el rigor de su irritable carácter sobre los insurrectos, á quienes hizo matar en su mayor parte, talando y devastando sus tierras.

Al volver victorioso á Asturias, y como en compensacion de la anterior destruccion, erigió en un lugar cercano á la selva que los romanos nombraban *Lucus Asturum*, y junto á un templo llamado de San Vicente, otro magnifico bajo la advocacion del Redentor, que fue el origen de la ciudad de Oviedo, pues siendo el sitio sumamente agradable, esta circunstancia y la piedad de los fieles fue atrayendo en su derredor pobladores, que aumentando de dia en dia formaron al cabo una ciudad que llamaron *Ovetum*, de donde le vino ser la corte de los monarcas asturianos.

Mentira parece que un hombre que demostró tanto ardor en perseguir á los infieles; que hizo tantas obras piadosas, y llevado de su celo arrojó la impopularidad, y aun puso en riesgo su corona por reformar las relajadas costumbres del clero, cometiera el horroroso crimen que manchó para siempre su memoria, y solo se explica por lo que acerca de su carácter hemos dicho.

Tenia un hermano llamado Vimarano, cuya dulce y apacible condicion y otras bellas prendas, le habian conquistado la simpatía y el cariño del pueblo. Esto, unido á la desafeccion que por las causas mas arriba indicadas, demostraba este á Fruela, vino á inspirarle la idea de que tal vez valiéndose de ello pretenderia Vimarano arrebatarle la corona y ocupar su puesto; y tomando cada vez mas consistencia esta idea en su espíritu, dió por primer fruto el convertirse en odio, á lo menos por parte del Monarca la afeccion que debe siempre reinar entre hermanos, é hizo despues, que incapaz este de contener su rabia y su despecho, cometiese con Vimarano un horrible fratricidio, asesinandole por su misma mano en uno de los salones de su alcázar.

Semejante crimen no quedó sin castigo. Los ya anteriormente descontentos aprovecharon esta ocasion para alzarse en armas contra él, y esta vez uniéndoseles la generalidad indignada tanto de los nobles como del clero y el pueblo.

Fruela murió á manos de aquellos en la ciudad de Cangas, el año 768, pagando así con su propia sangre, la de su hermano tan injustamente derramada. La iglesia del Redentor de Oviedo, que,

(1) L. VII, c. VI.

como sabemos, habia sido fundada por él, le sirvió de última morada.

¿Habian continuado durante el reinado de Fruela las luchas y disturbios de los musulmanes? Esto es lo que vamos á ver ahora; siendo necesario para ello que recorramos ligeramente los hechos que tuvieron lugar en Oriente.

El mismo desorden que hemos visto imperar en España y Africa dominaba en los dominios todos de los califas. Esta era la causa de que les fuese imposible intervenir en las contiendas civiles que ensangrentaban nuestra patria, y de que cuando algun emir era nombrado sin intervencion suya, ratificaran su nombramiento para no confesar su impotencia.

Meruan, de la raza de los *Ommiadas*, reinaba á la sazón en Damasco. Otra raza enemiga irreconciliable de la suya, la de los *Abasidas* ó descendientes de Abbas, tío de Mahoma, conspiraba incessantemente por ocupar el trono. Uno de sus principales miembros, Abul-Abbas el Sefah, ayudado del Wazir Abu-Mozlema, hombre despoja y sanguinario, que hacia gala de haber dado muerte á medio millon de hombres, y de su tío Abdallah, logró al fin levantar su negro estandarte contra el blanco de Meruan. Lucharon ambos, pero á pesar de su valor, el ommiada perdió en la batalla la corona y la vida, ocupando su puesto Abul-Abbas.

Dedicóse este con una crueldad infinita á la destruccion de todos los miembros de la familia caída, secundado por los de la suya. Solo uno de ellos su tío Abdallah, dió muerte en Damasco á noventa ommiadas á quienes convidó á un festin en señal de reconciliacion, y mandó asesinar por sus satélites luego que los tuvo reunidos, llevando la barbarie hasta el punto de hacer extender sobre los aun palpitantes cuerpos de sus víctimas una alfombra, y sentándose encima, comer tranquilamente sin cuidarse de sus ayes.

Sin embargo, la Providencia no consintió en el total exterminio de la ilustre familia de los ommiadas y salvó á uno de sus vástagos, Abderrahman ben Moawiah, joven á quien adornaban grandes prendas, y que habia de fundar en nuestra península un califato por completo independiente del de Damasco.

Veamos cómo fue esto. Perseguido por sus enemigos, vióse obligado á buscar asilo en Egipto donde durante algun tiempo vivió de una manera errante, siempre temeroso de ser hallado por los que le seguian las huellas con una tenacidad increíble.

Bien pronto le fue imposible continuar en Egipto y en consecuencia pasó al país de Barca, habitado en su generalidad por tribus de beduinos, entre las cuales halló muy favorable acogida. Su valor en la caza de leones y otras fieras, su destreza en manejar un caballo le granjearon el afecto y simpatía de aquellas gentes, para quienes estas eran las mejores cualidades que un hombre debia poseer.

Aun allí le siguieron sus infatigables perseguidores. Llegaron á una de las tribus y preguntaron por él; mas conociendo sus aviesas intenciones, los beduinos, señaláronles una ruta extraviada y mientras tanto le avisaron lo que acontecia, y acompañado de siete intrépidos compañeros, huyó en direccion á la Mauritania, y llegaron á Tahart, capital de la tribu de los zenetas, donde tambien en breve se hizo partido.

Entretanto los árabes de España continuaban envueltos en guerras intestinas y desórdenes; Yussuf y Samal por una parte y Amrú por la otra, luchaban con un encarnizamiento tal y asolaban de tal manera el país, que parecia llegada la última hora de la dominacion árabe.

En trance tan apurado, los jefes principales de todas las tribus se reunieron en asamblea, y uno de ellos, Amrú, propuso nombrar un emir que gobernara con completa independencia de los califas damasquinos. Pareció bien el proyecto pero tropezóse con la dificultad de la persona á quien se habia de confiar tan elevado é importante puesto; y perplejos se hallaban, cuando Wahib ben Zahir levantóse y les habló del joven Abderrahman, refirióles su historia y sus desgracias, encomió las grandes dotes que poseia y terminó proponiendo su eleccion.

Agradó tambien la proposicion de Wahib y en consecuencia, él y otro nombrado Theman, fueron comisionados para buscarle. Entre los zenetas le encontraron en un pobre aduar, y aceptando las proposiciones que le hicieron, embarcóse y pasó el Estrecho, arribando á Almuñecar, despues de una feliz travesía.

Entre tanto Yussuf, ignorante de lo que acontecia y vencedor al fin de Amrú á quien condujo prisionero á Toledo, marchó despues á Córdoba cuando en el camino le notificaron que el pueblo de Elvira aclamaba con entusiasmo á Abderrahman, á quien esperaba, noticia que le enfureció de modo que en su rabia hizo degollar á los prisioneros que consigo llevaba.

Su cólera fue impotente. De Almuñecar á Sevilla la comitiva de Abderrahman, que al principio era de solo mil fieles zenetas, aumentó hasta veinte mil hombres, y todas cuantas poblaciones encontró al paso, le recibieron entusiasmadas.

Esto no obstante Yussuf encargó á su hijo que se mantuviera en Córdoba, y tomó otras providencias con ánimo de no ceder el poder hasta el último extremo.



ENTRADA DE ABDERRAHMAN EN MÉRIDA.

Riera, Editor: Barcelona, Robador, 24 y 26.